



Yo ciego

POR KRISHNAMURTI GÓES DOS ANJOS

brasileño

¿Qué hacía yo, un viejo ciego, en un bar? Siempre he tenido ganas de estar allí, incluso durante un corto periodo de tiempo. Sólo unos momentos.

Hoy, palpando el camino con mi bastón, un irresistible sonido de revuelo humano me ha seducido de nuevo. Conversaciones, risas, voces, voces que murmuran, botellas sin tapas, tazas rellenas, al final una sed refrenada me hizo entrar.

Buenos tiempos los que podía ver. Con dificultad, es verdad, pero veía con la ayuda de gruesos lentes. Después la ceguera vino, vino y vino, así lentamente. Con la misma velocidad lenta de ésta, también se fueron los amigos de otro tiempo. Cuánto olvido de una vez...

Al entrar en aquel bar quizá podría compartir – incluso desde fuera – la felicidad de los presentes. Encontrar una mesa no fue difícil. Ser ciego trae las cosas en nuestra dirección de repente. Resbalé en una, afortunadamente desocupada. Ningún retraso y el camarero llega a conocer lo que quiero, con la voz corroída de irritación.

- Una cerveza, por favor.

A la izquierda, una conversación de un grupo grande. Deben haber notado mi presencia porque, cuando me senté, hubo algunos segundos de silencio. Un suspenso cómplice y rápido. Ciertamente, intercambiaban miradas significativas al decir el uno a otro: –¡Mira un ciego bebiendo cerveza! O: –¡Qué cosa más graciosa!...Continúan pero el grito de sus afirmativas, en el que se enfrentaron diferentes puntos de vista, se hallaron, se ajustaban o discordaban en los inconvenientes de los temas del siglo. No, de la década. No, no, del año. Mejor dicho, de nuestros últimos días, que es la tónica del mundo súper informativo y disperso que vivimos. Existencialismos, *Hatha Yoga*, mucho sexo, equipo de fútbol, politiquería, Mike Tyson, extraterrestres, alta sociedad, punk radical y pollito radical, más allá de tantas otras cosas del género.

A juzgar por el tono de la voz, una muchacha que recientemente se integrara al grupo de la izquierda, preguntó a alguien si había cigarrillos y, como si la respuesta fuera negativa, salió por el bar afuera como mendigo hasta que se acerca a mí, lo suficiente para que yo sintiera su perfume. Sin embargo, sólo

percibe mi condición cuando ya había indagado por esos cigarrillos. Imagino en las últimas sílabas de la palabra cigarrillo una cierta vergüenza.

Las personas no saben que el cambio más sutil del tono de voz puede ser percibido por nosotros los ciegos. A veces, también el menor ruido y, en ciertas circunstancias, el más pequeño de los actos.

Le respondí que no fumaba. Me dio las gracias precipitadamente y se alejó algunos pasos a la derecha, donde, pienso, continuó mirándome, tal vez con la mirada deprimida de un lamento.

Algún tiempo más pasé allí, y alguien pagó la cuenta equivocada, otro luchaba para pagar la suya, una pareja más detrás no podía llegar a un consenso sobre si iban o no a tener el hijo que ella esperaba. Otro más dentro del bar rompe un vaso, un hombre se emborracha hablando a los gritos. Más una cerveza. Un coñac. Un whisky. Un grito sensual de mujer, una pornografía bien escrita, un grito, y un todo tan confuso que no pude quedarme más.

Caminando por las calles dormidas, ya no escucho voces, sólo los golpes del bastón en las piedras del pavimento. Entre uno y otro *plact plact* del amigo metálico pienso de nuevo en lo que a veces casi me hace perderme. ¿Pero qué es estar ciego, después de todo?



DIBUJO: PATRICIA PAULOZZI

Krishnamurti Góes dos Anjos. (1960) Nació en Bahía, Brasil, en 1960. Libros publicados: **El crimen de la nueva vía** (novela; 1999); **Gato del techo** (cuentos; 2000); **Un nuevo siglo** (cuentos; 2002) y **Embrague intelecto y otros cuentos** (2005). Ha participado de 22 colecciones y antologías, resultantes de algunos premios literarios. Trabaja como responsable por los Programas de Planificación en la Constructora Norberto Odebrecht S.A. en Panamá.